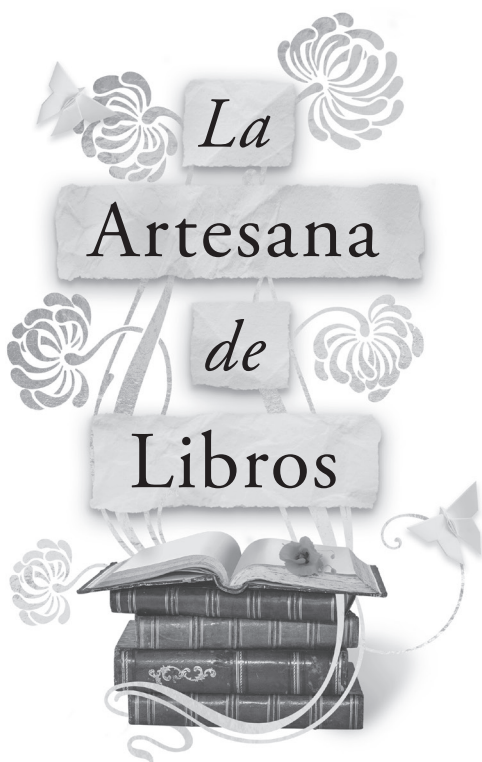




PIP WILLIAMS

Traducción de:
ANA ISABEL SÁNCHEZ DÍEZ

EMBOLSILLO

*Ahora, diosa, hija de Zeus, cuenta la historia antigua
para nuestros tiempos modernos. Encuentra el principio.*

HOMERO, *Odisea*,
a partir de la traducción de EMILY WILSON

PRIMERA PARTE



La Inglaterra de Shakespeare



De julio a octubre de 1914

PEDAZOS. ERA LO único que tenía. Fragmentos incomprensibles sin las palabras que los precedían ni las palabras que los seguían.

Estábamos plegando las *Obras completas de William Shakespeare* y había ojeado la primera página del prefacio del editor un centenar de veces. La última línea de esa página me retumbaba en la cabeza, incompleta y burlona. «Solo he osado desviarme donde me parecía que...»

«Osado desviarme.» Mi vista recaía sobre la frase cada vez que plegaba un cuadernillo.

«Donde me parecía que...»

«¿Que qué?», pensaba. Y luego empezaba con otro pliego.

Primer pliegue: *Obras completas de William Shakespeare*. Segundo pliegue: Editadas por W. J. Craig. Tercer pliegue: el puñetero «osado desviarme».

Detuve la mano mientras leía aquella última línea e intentaba deducir el resto.

«W. J. Craig cambió a Shakespeare —pensé—. Cuando le pareció que...»

Experimenté una necesidad acuciante de saberlo.

Eché un vistazo en torno al taller de encuadernación y a lo largo de la mesa de plegado, sobre la que se acumulaban montañas de manos de pliegos y de cuadernillos ya doblados. Miré a Maud.

No podrían darle más igual las palabras que contenía la página. La oí tararear una cancioncilla mientras marcaba el ritmo con cada pliegue, como un metrónomo. Plegar era su tarea

favorita y la desempeñaba mejor que nadie, pero eso no evitaba los fallos. «Tangentes de plegado», solía llamarlos mamá. Pliegues cuyo diseño y propósito solo conocía mi hermana. De vez en cuando, por el rabillo del ojo, me llamaba la atención un cambio de ritmo. Era bastante sencillo estirar el brazo, sujetarle la mano. Ella lo entendía. No era tonta, a pesar de lo que la gente pensaba. ¿Y si se me pasaban por alto las señales? Bueno, un cuadernillo estropeado. Podía ocurrirnos a cualquiera, bastaba con que se nos resbalara la plegadera de hueso. Pero nosotras nos dábamos cuenta y apartábamos el cuadernillo echado a perder. Mi hermana nunca se percataba. Así que tenía que hacerlo yo.

Estar atenta.

Vigilar.

Respiración profunda.

«Querida Maude. Te quiero, de verdad que sí. Pero, a veces...» Así discurrían mis pensamientos.

Ya veía un cuadernillo plegado que no encajaba del todo en la pila que Maude tenía a la izquierda. A mi derecha. Lo quitaría más tarde. Ella no se daría cuenta y la señora Hogg tampoco. No habría razón para que esta última chasqueara la lengua en señal de desaprobación.

La única que podía estropearlo todo en ese momento era yo.

Tenía la sensación de que, si no averiguaba por qué W. J. Craig había cambiado a Shakespeare, iba a ponerme a gritar.

Levanté la mano.

—¿Sí, señorita Jones?

—Baño, señora Hogg.

Asintió.

Terminé el pliegue que había empezado y esperé a que la señora Hogg se alejara. «Señora Hogg, la Cosa Pecosa.» Maude lo había dicho en voz alta una vez y no se me había perdonado jamás. En lo que a la señora Hogg se refería, Maude y yo éramos una única persona.

—Será solo un momento, Maudie.

—Será solo un momento —dijo ella.

Lou estaba plegando el segundo cuadernillo. Cuando pasé por detrás de su silla, me incliné sobre su hombro para atisbarlo.

—¿Puedes parar un momento? —le pregunté.

—Creía que te morías de ganas de ir al baño.

—Claro que no, solo necesito saber qué dice.

Lou se detuvo el tiempo justo para que leyera el final de la frase. Lo añadí a lo que ya sabía y lo susurré para mis adentros. «Solo he osado desviarme donde me parecía que la falta de atención, bien del copista, bien del impresor, privaba por completo de significado una palabra o una oración.»

—¿Puedo seguir ya, Peggy? —preguntó Lou.

—Sí, ya puedes —contestó la señora Hogg.

Lou se sonrojó y me lanzó una mirada.

—Señorita Jones...

La señora Hogg había sido compañera de colegio de nuestra madre y me conocía desde que Maude y yo éramos una recién nacidas. Aun así, señorita «Jones». Con el énfasis en el apellido de soltera de mamá, por si acaso en el taller de encuadernación había alguien que hubiese olvidado su deshonra.

—Su trabajo consiste en encuadernar los libros, no en leerlos...

Siguió hablando, pero yo dejé de escucharla. Lo había oído mil veces —los pliegos estaban para que los dobláramos, no para que los leyéramos; los cuadernillos estaban para que los apiláramos, no para que los leyéramos; los tacos estaban para que los cosiéramos, no para que los leyéramos— y, por enésima vez, pensé que leer las páginas era lo único que hacía que lo demás resultara tolerable. «Solo he osado desviarme donde me parecía que la falta de atención, bien del copista, bien del impresor, privaba por completo de significado una palabra o una oración.»

La señora Hogg levantó un dedo y, en ese momento, me pregunté qué respuesta se me habría escapado darle. Se le estaba poniendo la cara colorada, como le ocurría invariablemente. Entonces nos interrumpió nuestra capataz.

—Peggy, ya que estás de pie, ¿podrías hacerme un recado?
—La señora Stoddard se volvió hacia la supervisora de planta con una sonrisa—. Seguro que puede prescindir de ella durante diez minutos, ¿verdad, señora Hogg?

Cosa Pecosa asintió y continuó caminando a lo largo de la fila de chicas sin dignarse a mirarme de nuevo. Desvié la vista hacia mi hermana.

—A Maude no le pasará nada —dijo la señora Stoddard.

Echamos a andar por el taller, aunque, en ocasiones, la capataz se detenía para darle ánimos a alguna de las más jóvenes o para aconsejar sobre la postura si veía a una trabajadora encorvada. Cuando llegamos a su despacho, cogió un libro recién encuadernado. Estampado con unas letras doradas tan brillantes que parecía que estuviesen mojadas.

El libro Oxford de la poesía inglesa: 1250-1900. Lo imprimíamos casi todos los años.

—¿Es que nadie ha escrito un poema desde 1900? —pregunté.

La señora Stoddard contuvo una sonrisa.

—El interventor quiere ver cómo ha quedado la última tirada. —Me entregó el libro—. El paseo hasta su despacho debería aliviarte el aburrimiento.

Me acerqué el libro a la nariz: cuero limpio y el aroma cada vez más tenue de la tinta y la cola. Nunca me cansaba de olerlo. Era la fragancia recién estrenada de una idea nueva, de una historia antigua, de una rima inquietante. Sabía que se desvanecería del libro en menos de un mes, así que lo inhalé como si así fuera a absorber lo que hubieran impreso en las páginas del interior.

Volví caminando despacio entre las dos largas hileras de mesas llenas de pliegos lisos e impresos y de cuadernillos plegados. Mujeres mayores y jóvenes se inclinaban sobre la tarea de convertir lo uno en lo otro, y a mí me habían dado un momento de tregua. Acababa de empezar a abrir el libro cuando una mano pecosa agarró la mía y lo cerró de golpe.

—No conviene arrugar el lomo —dijo la señora Hogg—. No si lo hacen personas como usted, señorita «Jones».

NO ME APURÉ mientras recorría los pasillos de Clarendon Press.

El señor Hart tenía una visita: las palabras de la mujer escapaban a la intimidad de la conversación que estaban manteniendo. Era joven, bienhablada, con un leve acento de las Midlands. Pisé con más delicadeza para no ahuyentar las palabras hacia el silencio.

—¿Y qué opina su padre? —preguntó el interventor.

Me detuve justo al otro lado de la puerta del despacho. Estaba entreabierta y vislumbré los elegantes zapatos y los tobillos esbeltos de la mujer bajo una falda recta de color lila y una chaqueta larga a juego.

—Se mostró reticente, pero al final lo convencí.

—Es un hombre de negocios. Práctico. Él no necesitó ningún título universitario para convertir su fábrica de papel en un éxito. Supongo que no le ve la lógica en el caso de una mujer joven.

—No, no se la ve —respondió ella, y percibí su frustración—. Así que debo demostrarle que sí la tiene haciendo que merezca la pena.

—¿Cuándo se trasladará a Oxford?

—En septiembre, justo antes del primer trimestre. Me trasladaré al Somerville, así que seremos vecinos.

El Somerville. Todas las mañanas me imaginaba que dejaba a Maude en la entrada de la imprenta y que cruzaba la calle para franquear la entrada del colegio universitario Somerville. Me imaginaba el patio cuadrangular y la biblioteca y un pupitre en una de las habitaciones que daban a Walton Street. Me imaginaba que pasaba los días leyendo libros en lugar de encuadernándolos. Me imaginaba, durante un instante, que no era necesario que ganase un salario y que Maude era capaz de apañárselas sola.

—¿Y qué estudiará?

Ya tenía la respuesta en la punta de la lengua, pero la joven me la robó.

—Lengua y Literatura Inglesas, quiero ser escritora.

—Vaya, quizá algún día tengamos el honor de imprimir su obra.

—Quizá, señor Hart. Estoy deseando ver mi nombre entre sus primeras ediciones.

Se sumieron en un silencio en absoluto incómodo, y supe que estaban contemplando la estantería del interventor, contemplando todas las primeras ediciones, con sus lomos impolutos y sus letras grabadas en pan de oro. El volumen que llevaba en la mano reivindicó su presencia. Casi me había olvidado de por qué me habían mandado allí.

—Dele recuerdos a su padre, señorita Brittain.

—De su parte, señor Hart.

La puerta se abrió de par en par y no me dio tiempo a retroceder, así que, durante un segundo, quedamos frente a frente. La señorita Brittain debía de tener diecinueve o veinte años, tal vez veintiuno, la misma edad que yo. Era de mi altura, estaba igual de delgada y era guapa a pesar de tener el pelo de un tono pardusco. El lila le sentaba bien, pensé, y sentí curiosidad por saber qué pensaría de mí. Que era guapa, sin duda, eso lo decía todo el mundo. Que mi pelo era tan oscuro como el agua del canal en plena noche, al igual que mis ojos, idénticos a los de mi madre. Aunque mi nariz era distinta, un pelín demasiado grande. Quizá no hubiera sido tan consciente de ella si no la viese de perfil cada vez que miraba a Maude.

Fue solo un momento, pero a veces no se necesita más: me di cuenta de que la expresión de la señorita Brittain transmitía algo acerado, una especie de determinación. «Podríamos ser amigas», pensé.

Ella, sin embargo, tenía las cosas más claras. No fue maleducada, pero había protocolos. Vio el delantal de una chica del taller de encuadernación sobre una sencilla falda marrón de dril

y una blusa desgastada por los lavados y remangada hasta los codos. Sonrió, saludó con un gesto de la cabeza y luego se alejó caminando por el pasillo.

Llamé con los nudillos a la puerta abierta y el señor Hart levantó la vista del escritorio. Hacía siete años que trabajaba en la imprenta y nunca lo había visto sonreír, pero, en ese instante, el gesto le rondó la comisura de los labios. Cuando se dio cuenta de que no era la señorita Brittain una vez más, la sonrisa desapareció. Me hizo señas para que entrara, pero centró de nuevo su atención en el libro de contabilidad que tenía delante.

Mis diez minutos ya se habían agotado, pero no tenía autoridad para interrumpirlo. Miré por la ventana situada a espaldas del señor Hart. Allí estaba la señorita Brittain, cruzando Walton Street. Se detuvo en la acera y levantó la mirada hacia las ventanas del colegio universitario Somerville. Permaneció así un rato, obligando a la gente a rodearla para seguir su camino. En ese momento, sentí su entusiasmo. Se estaba preguntando si alguna de aquellas ventanas sería la suya. Se estaba imaginando el pupitre con vistas a la calle y los muchos libros que leería.

Y entonces noté una opresión en el pecho. Un resentimiento familiar. Quizá la señora Hogg conociese la verdad de las cosas y yo no tuviera derecho a leer los libros que encuadernaba, ni a imaginarme en ningún otro lugar que no fuera el humilde barrio de Jericho, ni a plantearme ni por un segundo que pudiese llegar a tener una vida más allá de Maude. El libro empezó a pesarme en las manos y me sorprendió que me lo hubieran siquiera confiado.

Y entonces me enfadé.

Abrí *El libro Oxford de la poesía inglesa* y oí el crujido del lomo. Pasé las páginas: John Barbour, Geoffrey Chaucer, Robert Henryson, William Dunbar, Anónimo, Anónimo. Si tuvieran nombre, ¿sería posible que fueran Anna o Mary o Lucy o Peg? Alcé la vista y me percaté de que el interventor me estaba mirando de hito en hito.

Durante un instante, pensé que quizá fuera a preguntarme mi opinión. Pero se limitó a tender la mano para que le entregara el libro. Dudé y enarcó las cejas. Bastó con eso. Le puse el volumen en la mano. Asintió y volvió a concentrarse en el libro de contabilidad.

Me despachó sin pronunciar una sola palabra.